

# LIBROS

66

LETRAS LIBRES  
MARZO 2016

**Diego Enrique Osorno**

• SLIM. BIOGRAFÍA POLÍTICA DEL MEXICANO MÁS RICO DEL MUNDO

**Gregor von Rezzori**

• LA MUERTE DE MI HERMANO ABEL

**Ángel Gilberto Adame**

• OCTAVIO PAZ. EL MISTERIO DE LA VOCACIÓN

**Joca Reiners Terron**

• LA TRISTEZA EXTRAORDINARIA DEL LEOPARDO DE LAS NIEVES

**Camilla Townsend**

• MALINTZIN. UNA MUJER INDÍGENA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO

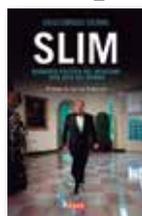
**Marta Sanz**

• FARÁNDULA



BIOGRAFÍA

Comprarlo todo



**Diego Enrique Osorno**  
SLIM. BIOGRAFÍA POLÍTICA DEL MEXICANO MÁS RICO DEL MUNDO  
Ciudad de México, Debate, 2015, 256 pp.

**LUIS DE LA CALLE PARDO**

Diego Enrique Osorno (Monterrey, 1980) ha vuelto a hacer una contribución importante al entendimiento del complejo y contrastante México al escribir una “biografía política del mexicano más rico del mundo”. *Una* y no *la*, ya que sobre Carlos Slim se escribirán con el tiempo muchas más. Su aportación es, por lo menos, doble: por un lado, utiliza las herramientas del periodismo de investigación, tan ausente pero necesario para la radiografía nacional, y, por otro, abre un ángulo valioso, aunque no novedoso, de la participación de Slim en la vida política y, habría que añadir, en la vida regulatoria y judicial del país.

Osorno parece dejar con este libro las historias de “marginalidad” (narcotráfico y movimientos sociales) para escribir sobre un hombre poderoso y su relación con el poder. En realidad, en la sociedad mexicana el hombre más rico del mundo es, por definición, mucho más marginal que el promedio y que los problemas cotidianos de violencia y tráfico de sustancias prohibidas. Escribir sobre Slim es abordar una faceta más de un país que observadores internos y externos siempre han caracterizado como contrastante y desigual. En el fondo, la pregunta es si Slim es causa o consecuencia de la desigualdad y si esta es necesariamente mala e inhumana. Osorno avanza en la búsqueda de una respuesta, pero no parece atinar del todo en esa búsqueda; de hecho la delega al final cuando le pide a José Martínez que conteste si el mexicano más rico del mundo puede ser una buena persona. Martínez responde afirmativamente aduciendo que muchos otros países quisieran tenerlo (no es mal indicador y seguramente cierto) y sobre todo al entenderlo como el inversionista que “todo quiere comprar”.

He aquí la principal virtud de Carlos Slim: su disposición de comprar. Por definición quien compra invierte, arriesga y se compromete. Esta es, sin duda, la lección más relevante de su biografía económica: la riqueza se genera invirtiendo, teniendo esperanza en el futuro, utilizando los recursos y talentos para multiplicarlos.

Sobre todo, arriesgar cuando el resto no lo hace, cuando el precio de los activos es menor, cuando la inversión va en retirada. Es más fácil comprar cuando los demás lo hacen, pero así no se crea riqueza. Muchos podrían tener la intuición opuesta: se gana cuando se vende, pero no es así: por ejemplo, en economía las

exportaciones son un costo y la compra de importaciones un beneficio. Por todo esto su renuencia a la filantropía sin límites: es mejor invertir y crear empleos para superar la pobreza.

Osorno se traza un objetivo complejo para tratar de conciliar dos momentos de su carrera como reportero: primero escribir sobre insurrección y ahora “contar la vida de uno de los mayores representantes del capitalismo”; para esto subraya que la “lucha de clases es el motor de mis historias” y que “no ver la lucha de clases detrás de una insurrección popular o de la vida del hombre más rico del mundo es no querer ver la realidad”.

La aspiración de enmarcar esta biografía política en la lucha de clases, aunque esta tesis en realidad no se aborda a lo largo del libro, es quizá la que lleva al autor a asociar a Slim con el capitalismo o el neoliberalismo y argumentar que, a diferencia de su padre Julián Slim Haddad que enfrentó el caos posrevolucionario, Carlos “hizo su inmensa fortuna en el marco de la ideología dominante en la actualidad: el neoliberalismo” y “su intensa aplicación en México, a través del llamado Consenso de Washington”. Slim, se afirma también, es “un personaje que representa la moral neoliberal de nuestros tiempos, aquella que desconfía de los políticos y cree que el mercado es el mecanismo más eficaz para todo”.

Esta es una interesante lectura de la fortuna de Slim, también apoyada por una cita del expresidente Salinas que la atribuye a la ausencia del Estado regulador: “Slim no heredó su fortuna de Telmex, sino que aprovechó la falta de regulación neoliberal”, pero que contradice un amplio consenso de analistas, observadores, instituciones internacionales y

del propio gobierno mexicano que impulsó, con el apoyo de todos los partidos políticos, la reforma de telecomunicaciones de 2013 con el fin de inyectar competencia neoliberal en este sector.

Es probable que el propio Slim rechace las etiquetas de representante capitalista o neoliberal. El texto de Osorno da pistas al respecto. Desde joven Slim tuvo una clara inclinación para la administración y la dirección en la asignación de recursos. En su tesis –titulada “Aplicaciones de la programación lineal a algunos problemas de la ingeniería civil”– apunta que la “intención fundamental de este estudio es describir algunas técnicas desarrolladas a partir de la Segunda Guerra Mundial y clasificadas, correcta e incorrectamente, dentro de ‘la investigación de operaciones’ [...] que permite a los directores en general tomar decisiones más racionales”. La investigación de operaciones fue desarrollada para inyectar racionalidad a la actividad económica pero en un ambiente sin competencia y puede revelar una tendencia al control y a las decisiones centralizadas y un escepticismo a la supremacía del mercado en la asignación de recursos. Además, cuenta Osorno, “al término de sus estudios de ingeniería civil, Slim viajó a Santiago de Chile para estudiar un posgrado en programación industrial en el Instituto Latinoamericano de Planeación Económica” donde “descubrió y estudió las tesis de Raúl Prebisch”. Es en este mismo contexto que Diego Fonseca lo considera “hijo de una escuela perdida: la de la Cepal”, que “puede inscribirse en la escuela desarrollista en el sentido amplio”. Sin embargo, Slim no es teórico, sino pragmático (“Yo casi no leo teoría. No me gusta”) y aplica los principios de ingeniería para incrementar la eficiencia, aunque parece

querer que esto funcione no solo en sus empresas, sino –de suerte dirigida– en la sociedad.

Osorno hace un recuento de la estantería de libros de Carlos Slim para tratar de inferir una inclinación ideológica, pero con poco éxito. Amén de varios volúmenes sobre multimillonarios y grandes negocios, el autor encuentra tres libros de economistas: *El desarrollo estabilizador*, de Antonio Ortiz Mena, del que parece preferir el impulso a una industria nacional sin competencia del exterior; *Money: Whence it came, where it went* de John Kenneth Galbraith y *Common wealth. Economics for a crowded planet* de Jeffrey Sachs, ambas aportaciones claves para temas muy importantes, pero no neoliberales.

La principal crítica a Carlos Slim, que él rechaza tajante y reiteradamente (“es una mentira repetida una y otra vez”), es que su éxito está relacionado con la posición dominante de sus empresas en el sector de las telecomunicaciones y exentas de una competencia real o potencial que las limite. Así, podría pensarse que la biografía política debería concentrarse en averiguar el límite de la hipótesis de que el impresionante crecimiento y la generación de riqueza provienen de la capacidad y disposición de influencia de la política pública y la captura regulatoria. Aunque el libro ciertamente aborda estos puntos, parece dedicar más esfuerzo, infructuoso en su mayor parte, a desenterrar el posible papel que haya jugado Julián Slim Helú en su paso por la Procuraduría General de la República y la relación con la familia Gemayel en la política libanesa.

La moralidad de las actividades empresariales y las relaciones de Slim con el mundo de la política, la legislación, la regulación, el poder judicial y los medios no radica en

si un hombre rico puede ser bueno, sino en si obtuvo a través de ellas una ventaja indebida a costa del resto de los mexicanos y de las instituciones. A pesar de que el libro trata todos estos aspectos, no logra discernir si en términos netos la contribución es positiva y, por tanto, buena.

Invertir durante las crisis, comprar cuando el resto vende, reinvertir utilidades en lugar de gastarlas, innovar, explorar nuevas tecnologías y mercados, rescatar empresas, generar empleos, pagar impuestos son ciertamente contribuciones importantes. Se puede también siempre culpar, a menudo con razón, a los diversos gobiernos por no haber aplicado la ley o los términos de los títulos de concesión. La pregunta es cuál es la responsabilidad de la dirección de Grupo Carso al momento de influir en políticas públicas y decisiones de los reguladores a su favor, condicionar el alto gasto en publicidad a una cobertura

favorable en los medios y litigar con recursos ilimitados las decisiones de los órganos reguladores con el objeto de acrecentar las utilidades.

Es por tanto atinado que Osorno haga la primera biografía política. La reforma de telecomunicaciones de 2013 es prueba de que la sociedad, los partidos políticos y el gobierno reconocen los extremos perversos a los que se llegó en el sector para beneficio de varios jugadores, con el preponderante en primera línea. Esta reforma puede ser clasificada como extrema y contiene por lo menos tres medidas extraordinarias en las que pagan justos por pecadores al limitar derechos que fueron abusados: una, la eliminación de la suspensión en el juicio de amparo que había sido manipulado por varios de los participantes, incluidos Telmex y Telcel; dos, el establecimiento de órganos constitucionalmente autónomos que merman la rendición de cuentas y pueden resultar en el largo plazo en un déficit democrático al estar fuera de los poderes; y, tres, la declaratoria de preponderancia y la posibilidad de establecer sanciones para los participantes en los mercados incluso en la ausencia de prácticas monopólicas.

Cabe preguntarse si estas medidas extremas se habrían tomado si los agentes del sector no hubiesen abusado del sistema político, reglamentario y mediático, incluido el propio Slim que afirma que “no creo que el dinero sea el símbolo del éxito”, pero a quien puede definirse “no como alguien al que no le gusta perder, sino como alguien que siempre quiere ganar”.

El libro de Diego Osorno cubre otras muchas facetas para entender la vida del ingeniero. Entre ellas, también explora la inclinación de Slim por la izquierda a pesar de supues-

tamente haber tenido éxito en un contexto neoliberal. Queda todavía pendiente entender la fascinación correspondida de la izquierda en un país contrastante y desigual. —

**LUIS DE LA CALLE PARDO** es doctor en economía por la Universidad de Virginia. Es director general y socio fundador de la consultoría De la Calle, Madrazo, Mancera, S. C.



## NOVELA

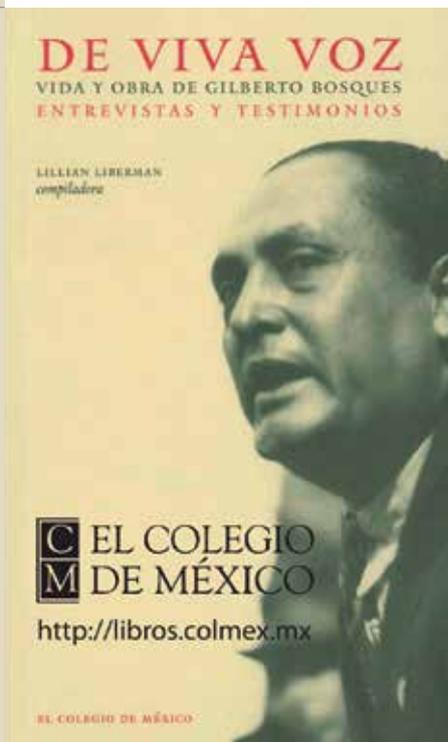
### Vida de Caín



**Gregor von Rezzori**  
**LA MUERTE DE MI HERMANO ABEL**  
Traducción de José Aníbal Campos  
Ciudad de México, Sexto Piso, 2015, 830 pp.

## PABLO SOL MORA

Aristócrata, dandi, sibarita, apátrida, cosmopolita, casanova, guionista, actor, novelista, Gregor von Rezzori (1914-1998) fue un excepcional compañero de viaje y testigo del siglo xx europeo. Proveniente de la periferia del continente, Chernivtsi —ex Austria-Hungría, ex Rumania, ex Unión Soviética, hoy Ucrania, mañana quién sabe—, de orígenes italianos, de lengua alemana, radicado largamente en París, Rezzori fue un hijo legítimo, no de una mera nación, sino de Europa, especialmente de Mitteleuropa. La publicación en español, cuarenta años después de su aparición en alemán, de su obra más ambiciosa, *La muerte de mi hermano Abel*, admirablemente traducida por José Aníbal Campos, es un acontecimiento editorial que nos obliga a replantear el panorama de los grandes narradores del siglo: hay que irle haciendo hueco a Rezzori.



En la tradición de Joseph Roth, Arthur Schnitzler, Robert Musil, Franz Kafka o Italo Svevo, Rezzori pertenece a la gran literatura centro-europea que floreció alrededor del Imperio austrohúngaro. En *La gran trilogía* —compuesta por *Un armiño en Chernopol*, *Memorias de un antisemita* y *Flores en la nieve*— da un vívido testimonio de los restos de ese mundo variopinto, fértil mezcla de naciones, lenguas y culturas. En particular en las *Memorias*, quizá su obra más lograda (traducida, por cierto, por Juan Villoro, uno de los principales divulgadores de Rezzori en el ámbito hispánico), se encuentran dos de las virtudes más notables del autor: una prodigiosa capacidad de narrar acciones, a lo Stendhal, y un proustiano poder de evocación. La memoria es el eje central de la obra de Rezzori, cronista de un mundo perdido. Sin embargo, este no es solamente el del viejo Imperio o el de Europa Central, sino el de Europa, a secas.

*La muerte de mi hermano Abel* es, entre muchas cosas, una elegía: la elegía de un continente y una cultura. Rezzori ve con comprensible horror la progresiva *americanización* de Europa a costa de su diversidad: “el mismo hotel Hilton desde Madrid hasta Oslo, las mismas áreas de servicio en las gasolineras de las autovías, el mismo aeropuerto, las mismas *jukeboxes* desde Bückeburg hasta Calabria, los mismos supermercados, las mismas camisetas sobre las tetitas de las jóvenes, la misma cruda luz de neón en las noches en las que el cielo se petrifica sobre las ciudades fálicas”. El fenómeno aparece encarnado en el editor-mercader Jacob G. Brodny, a quien el narrador dirige una larguísima carta que constituye la primera parte del libro y que en un típico desplante de estupidez

editorial le ha pedido que resuma su novela en tres frases: “usted, *mister Brodny*, el americano modelo [...] usted no solo devoraba allí su paté de tordo, sino un plato llamado *Yiúrop*. Lo que untaba usted allí [...] no era ya, simplemente, paté de tordo, sino paté de Europa: su espíritu, su alma, su ilusión; su antigua maestría artística, su inagotable variedad de formas, la manera en que su espíritu ha impregnado esa riqueza de formas, la esencia de su ser. Y usted la estaba devorando, ahora, sin embargo, perfeccionada por las técnicas de Walt Disney, congelada y empaquetada en plástico, con los colores de confeti de *Time & Life*. ¡Aquello sí que era un banquete!”.

*La muerte de mi hermano Abel* es también una novela sobre una novela; más precisamente, sobre la imposibilidad de escribir una novela. El narrador, Aristides Subicz, *alter ego* de Rezzori, ha ido juntando materiales durante toda su vida: capítulos, borradores, fragmentos, frases sueltas, etc., pero ha fracasado cada vez que ha intentado armar algo coherente con todo eso. El resultado final sigue siendo el testimonio de ese fracaso, pero, al mismo tiempo, su refutación. A diferencia de las *Memorias de un antisemita*, donde Rezzori se sometió por completo a la forma, en esta obra —mucho más ambiciosa y compleja, claro— se ve desbordado por ella, pero uno acaba preguntándose si podía ser de otro modo, si intrínsecamente la novela no exigía ser este colosal amasijo narrativo.

Hay una razón de fondo para este caos. En última instancia, Subicz-Rezzori está buscando representarse a sí mismo: “porque escriba lo que escriba, siempre, a la larga, me escribo *a mí*. Cualquier cosa que narro, *siempre, a la larga,*

*me narro a mí*. En otras palabras: no soy yo quien vive mi vida, *mi libro me vive*”. Montaigne, autor del primer gran autorretrato literario de la modernidad, habría sonreído: en efecto, cuando el libro que escribes no es un accesorio tuyo, sino que eres tú, ¿qué forma puedes darle?, ¿cómo fijarlo?, ¿cuándo termina? A fin de cuentas, el drama de Rezzori es el de todo gran escritor moderno, desde el Señor de la Montaña hasta Fernando Pessoa, es decir, la fragmentación del yo, la múltiple otredad del uno: “¿Qué soy en realidad? [...] Claro que soy a veces lo uno y a veces lo otro, o todo al mismo tiempo [...] Pero sea lo que fuere ese yo, es algo que puede decirse, expresarse, que coagula en algo que luego cobra forma: excepto ese resto inefable que *en realidad soy YO*. Y ahora pregunto: ¿cuánto texto es necesario para, dentro de las posibilidades del hombre, expresar una sola con absoluta claridad, de un modo inconfundible?”

En medio del desasosiego de la disolución del yo y la desesperada tarea de escribirlo, hay algo que redime a Subicz-Rezzori y que me parece su mejor rasgo: su exuberante vitalidad (insuperablemente expresada en su erotismo: Rezzori es, ya lo observó Claudio Magris, un gran poeta del eros), su sensualidad, su alegre, franca e irónica afirmación de la vida, aun en las condiciones más adversas, como explica a su “hermano Abel”: “YO ACEPTO ESTA EXISTENCIA EN CONDICIONES RIDÍCULAS CON HUMILDAD Y GRATITUD. Eso es lo que yo TENGO y por lo que SE ME OTORGA. Sigo siendo, como antes, aquel lobo de Besarabia: lanzo mordiscos rabiosos a mi alrededor, me muerdo los costados [...] y me arrastro en tres patas, cojeando de un lado a otro, agradecido POR ESTAR VIVO.”

Frente a la inocencia y la ingenuidad más bien bobas del Abel bíblico, Caín representa la complejidad y la conciencia del hombre. Es el héroe problemático, contradictorio, desesperado, lúcido: nuestro verdadero hermano. —

**PABLO SOL MORA** (Xalapa, 1976) es crítico literario y editor de la revista electrónica *Criticismo*.



## ENSAYO

### ¿Seguimos hablando de Paz?



**Ángel Gilberto Adame**  
**OCTAVIO PAZ. EL MISTERIO DE LA VOCACIÓN**  
Ciudad de México, Aguilar, 2015, 246 pp.

## MALVA FLORES

La nueva edición de la *Bibliografía crítica* de Octavio Paz, de Hugo J. Verani (2015), tiene 9,904 entradas. En una “Posdata”, el autor nos avisa que aunque el periodo de su investigación abarca hasta fines del 2012 incluye seis libros sobre Paz que aparecieron en los primeros meses de 2013. En *Octavio Paz: el calendario y su doble*, un trabajo inédito de Adolfo Castañón, el periodo que va de 2013 a 2015 queda cubierto. Construido a la manera de un calendario prehistórico, en este libro coinciden un calendario “solar” (el de las fechas en que Octavio Paz fue publicando sus obras) y otro “lunar” (un repertorio conmemorativo y crítico de la bibliohemerografía que sobre el poeta apareció entre marzo de 2013 y mayo de 2015). Allí se muestran 282 entradas y se registran actividades sobre Paz y homenajes al

poeta en catorce países y veintitrés ciudades. Concluido ese recuento, una nueva avalancha de notas, entrevistas y reseñas apareció en la prensa pues nuevos libros sobre el poeta habían sido publicados. Uno de los más recientes es *Octavio Paz. El misterio de la vocación* de Ángel Gilberto Adame (Ciudad de México, 1967).

Dice Christopher Domínguez Michael, en el prólogo de este volumen, que la investigación de Adame, notario de profesión, lo obligó a modificar datos durante la escritura de su *Octavio Paz en su siglo*, lo que representó “una angustia del orden demoníaco para el biógrafo y no se diga, para los editores”. No solo para él, imagino, pues todos aquellos a quienes nos interesa Octavio Paz hemos revisado los artículos de Adame publicados en la *Zona Paz* de *Letras Libres* y hemos encontrado más de un descubrimiento que da un vuelco a nuestras percepciones o ideas acerca de la vida del poeta.

Hago énfasis en las labores profesionales del autor de este libro sorprendente porque nada parecería más alejado de la vida y obra de Octavio Paz que la mirada crítica de un notario; digo mirada crítica porque este libro la contiene. Sin embargo, lo sorprendente de este volumen —y sobre ello volveré más adelante— no proviene solo de los notables hallazgos de Adame: el seguimiento y encuentro del amigo de Paz, José Bosch; los pormenores de la boda y divorcio de Paz y Elena Garro —que despejan tantas dudas creadas, sobre todo, por la propia Garro, Helena Paz y sus “biógrafos”—; la corroboración de lo que circulaba como un murmullo: la supuesta vigilancia de la Dirección Federal de Seguridad

sobre el poeta o su intervención en la que, hasta ahora, me parecía historia increíble: la amenaza de la Liga Comunista 23 de Septiembre, en 1980. Esos —entre otros apuntes biográficos relativos a los familiares y amigos de Paz o su trunca trayectoria académica— son algunos de los hitos del libro que, documentos en mano, podemos ahora comprobar.

No obstante, el apartado referido a la situación de Paz en 1968 es, quizá, el apartado que con mayor frecuencia se citará en años posteriores. El capítulo dedicado a las “Perspectivas históricas y jurídicas” de este caso nos revela que Paz no renunció a la embajada de la India en sentido estricto, a pesar de que sí existía esa figura legal. “Formalmente —nos dice el autor después de una exhaustiva revisión de los archivos y la legislación correspondiente— Paz renunció al Servicio Exterior el primero de septiembre de 1971.” Adame muestra las posibles razones de Paz para solicitar su disponibilidad, mediante la cita de su correspondencia con Charles Tomlinson y Carlos Fuentes en esa época y en la que se hace evidente que ya deseaba jubilarse del cargo y hacía trámites para ello. Apunta también que cuando viajó a Francia, después de separarse del cargo, aún fue vigilado por el embajador Silvio Zavala, quien “espía durante varios meses sus actividades públicas y privadas” y finalmente solicitó la expulsión de Paz de territorio francés, petición que no fue atendida por el presidente.

La circunstancia de su separación del cargo, ¿demerita en algo el gesto político de Paz? Ya Domínguez Michael apunta en el prólogo que si bien es necesario

investigar aún más sobre el asunto, la postura de Paz revestía, y reviste aún, un carácter moral de difícil parangón, dadas las implicaciones políticas y sociales que ello tuvo para el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Es aquí, pero durante todo el libro también, donde se hace evidente la postura del biógrafo que sorprende por su imparcialidad.

En el enorme cuerpo de la bibliografía crítica del poeta —y más allá de los acercamientos estrictamente académicos sobre su poesía—, podemos distinguir con transparencia dos actitudes: así como hubo un tiempo en que nuestro mundo cultural se dividía entre “monsivaítas” y “octavianos”, o entre “nexistas” y “vuelvistas”, por no irnos más atrás, podemos leer esta voluminosa rama crítica de nuestra cultura en el siglo xx distinguiendo a los pacianos de los antipacianos. Hoy, cuando se han publicado los libros que alrededor de Paz escribieron quienes fueron miembros del consejo editorial de *Vuelta*, podríamos hacer una distinción más y entre los “pacianos” acotar a la familia literaria que acompañó a Paz durante muchos años y cuya crítica como grupo, necesaria, excede el espacio de esta nota y debe realizarse aparte, advirtiendo la mirada que sobre Paz se desprende de esos rostros familiares que lo admiran pero discuten con él, lo refutan muchas veces, incluso lo regañan o le reclaman, y que construyen —con sus dudas, respuestas y su propia mirada— uno de los más interesantes y valiosos testimonios no solo sobre Paz sino sobre toda una época de nuestro país pero también del mundo, considerando la amplitud de intereses y actividades del poeta.

Muertos los principales antagonistas o compañeros de ruta contemporáneos de Paz, el poeta queda solo frente a su propia biografía y ahí, sin otro apasionamiento que el de la búsqueda de una verdad, se instala Adame para ofrecernos no una interpretación y sí datos objetivos, comprobables. Su búsqueda, “fruto de la conjunción de tres elementos: pasión, admiración y obsesión”, nos devuelve pasajes desconocidos de la vida del poeta y una magnífica iconografía (en sus páginas podemos ver, por ejemplo, una preciosa fotografía de Paz con los integrantes de *Barandal* en 1931 o también con varios de los miembros de su familia; la amenaza de la Liga 23 de Septiembre, entre otros documentos oficiales, o un retrato hablado de Bosch y un fragmento de su carta desdeñosa sobre Paz). Toca también otros asuntos cuya dilucidación compete no solo a la historia personal de Paz, sino a la del país.

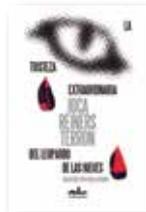
Al inicio de esta nota comenté el número de menciones, artículos, libros y homenajes, nacionales e internacionales, que Adolfo Castañón reporta en solo dos años, aunado al impresionante número de las entradas consignadas en la *Bibliografía crítica* de Verani. A la vista de tanto, uno podría preguntarse ¿por qué seguir hablando de Paz? Más que respuestas, Paz —su obra y su pensamiento— nos ofreció preguntas que aún no respondemos y que nos conciernen todavía. Su vida es parte también de esas preguntas y Adame, que lo sabe, ha puesto en juego su propia vocación para responderlas. —

**MALVA FLORES** (Ciudad de México, 1961) es poeta. Su libro más reciente es *La culpa es por cantar* (Literal Publishing/Conaculta, 2014).



NOVELA

## Animales de hábitos nocturnos



**Joca Reiners Terron**  
LA TRISTEZA  
EXTRAORDINARIA DEL  
LEOPARDO DE LAS  
NIEVES  
Traducción de Paula  
Abramo  
Oaxaca, Almadia, 2015,  
220 pp.

ISABEL ZAPATA

1. *La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves* es un bestiario de criaturas de hábitos nocturnos. Es también una historia gótica de vampiros. Y un *thriller*. Y una fábula (excepto que no tiene moraleja).

Artífice de lo inquietante, el novelista, poeta y editor brasileño Joca Reiners Terron (Cuiabá, 1968) imagina una maraña de fechorías que ocurren simultáneamente una noche en las calles de São Paulo. Testigo privilegiado, el mecanógrafo insomne de una comisaría le ayuda a su padre enfermo a conciliar el sueño narrándole los detalles criminales registrados en el 77° Distrito Policiaco de la ciudad, a la vez que recuerda episodios de su infancia como hijo único de la improbable unión entre un judío alemán y una prostituta aficionada a los boleros. Las historias de entonces y las de ahora suceden en escenarios de penumbra, territorios fronterizos entre humanidad y animalidad: un zoológico que celebra su primer paseo nocturno, las montañas doradas de Altái, el automóvil de un taxista melómano que busca presas para afilar el instinto asesino de sus rottweilers y una tétrica casona del barrio de Bom Retiro (que, como todas las zonas de inmigrantes de las grandes ciudades, nunca duerme).

El libro está organizado en siete capítulos que, en principio, alternan la trama del mecanógrafo con relatos llamados en conjunto “Mundo animal”. Sin embargo, a medida que avanza la lectura, los personajes comienzan a circular libremente entre una sección y otra hasta terminar relacionándose entre ellos de maneras insospechadas. Si narrar es de veras una labor de hilo y aguja, entonces Reiners Terron es un tejedor sobresaliente: con tal destreza entrelaza las tramas, hilando tan fino, que en una segunda lectura saltan pistas que hacen al lector (o a esta lectora en particular) desear haber sido un mejor detective en la primera ronda.

ii. De manera paralela, el leopardo de las nieves es protagonista de cuatro episodios que relatan sus aventuras desde que renuncia a la infinitud de los montes de Altái para unirse a un campamento humano, cautivado por la voz de una mujer en duelo, hasta que termina preso en un zoológico. A través de los pensamientos e impresiones del felino, Reiners Terron habla también de nosotros: “pese a toda su fragilidad física y moral, aquellos pobres seres quebradizos y de humor inestable eran capaces de cantar con una melancolía extraordinaria. Nada podía hacer frente a su tristeza”. La música como la más alta manifestación de lo humano.

Así como las raíces del resto de los relatos atraviesan continentes y generaciones, el recorrido del leopardo comienza lejos en términos geográficos y temporales. Acaso sería más atinado decir que de la historia solo sabemos el final, porque tiene un principio *sospechado* en la cima de una montaña. Quien

lo imagina es una criatura encapuchada que, a causa de una grave enfermedad, pasa los días alejada del mundo y encuentra alivio poniendo en dibujos sus viajes con el blanco felino: el leopardo platicando con una serpiente bajo la luna llena, el leopardo avanzando a rastras por la vegetación de la estepa, el leopardo asomándose a una tienda de campaña para escuchar a una mujer cantar.

La Sra. X, la enfermera especializada en pacientes terminales que ha quedado a cargo de la criatura mediante un extraño contrato con su familia, se pasa los días limpiando sus lesiones. (Y no es poca cosa, porque su cuerpo es todo una herida abierta, sus sábanas enormes gasas ensangrentadas, su rostro un desorden de costras, sus manos muñones que manarían pus continuamente de no estar cubiertos con un par de guantes.)

iii. Así como la criatura va perdiendo pedazos de carne a causa de su terrible padecimiento, al llegar al zoológico el leopardo de las nieves entra en una depresión tan severa que su pelaje se vuelve rojizo y empieza a desprenderse “como si estuviera desintegrándose en pleno aire”. El felino es un espejo.

Todo aquel que haya visitado un zoológico (las jaulas de los gorilas son especialmente terribles) lo sabe: no hay desconsuelo más hondo que el de un animal en cautiverio. En ese sentido, *La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves* es un libro revelador, pero desprovisto de esperanza. Sus personajes viven y mueren en el límite, torpemente, avanzando a tientas en la oscuridad. No hay finales felices para Reiners Terron.

Ya lo dijo Jeremy Bentham: la dimensión moral de los animales

no descansa en sus habilidades de razonamiento o comunicación, sino en su capacidad de sufrir. Es el dolor lo que nos hace iguales. Pido entonces prestadas las palabras de Pedro el Rojo, aquel simio del “Informe para una academia” de Kafka que aprende a beber vino, fumar pipa y ponerse pantalones para pasar por ser humano. Tras enlistar sus ocupaciones durante su encarcelamiento —sollozar sordamente, lamer hasta el aburrimiento una nuez de coco, golpear la pared del cajón con el cráneo, enseñar los dientes cuando alguien se le acercaba— el animal lanza al público su feroz testimonio: “Y en medio de todo ello una sola evidencia: no hay salida.” —

**ISABEL ZAPATA** (Ciudad de México, 1984) estudió ciencia política en el ITAM y la maestría en filosofía en la New School for Social Research. Es autora del poemario *Ventanas adentro*.

## HISTORIA

### Las decisiones de Malintzin



**Camilla Townsend**  
**MALINTZIN, UNA MUJER INDÍGENA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO**  
Traducción de Tessa Brisac  
Ciudad de México, Era, 2015, 352 pp.

### RODRIGO MARTÍNEZ BARACS

¿Un libro más sobre Malintzin, doña Marina, la Malinche, la guapa e inteligente intérprete trilingüe (náhuatl, maya y español), amante y consejera de Cortés, que tanto facilitó la Conquista de México? Después de ser descalificada como prototipo de la traidora en el siglo XIX y en la primera mitad del XX,

la historiografía se encaminó hacia una visión más objetiva de su situación, llegando en ocasiones a exaltarla como fundadora de la nación mestiza. En todo caso, ahora es claro que México no es el imperio mexica y que Malintzin no le debía lealtad alguna, pues oprimía a reinos como su natal Olutla, cerca de Coatzacoalcos. Con el tiempo se escribieron biografías cada vez mejor documentadas de Malintzin, basadas en una lectura cuidadosa de las crónicas y los documentos, además de estudios sobre los variados significados de su figura a lo largo de la historia. Ahora parecería que estamos llegando al límite de lo que se puede averiguar sobre su vida y su participación en la Conquista. Desde su publicación original en 2006, el libro de Camilla Townsend logró un avance muy sustancial, gracias al estudio amplio, acucioso, sensible y perceptivo de la documentación publicada y de archivo, y de manera particular, a la reconstrucción cuidadosa de los contextos de cada uno de los momentos de la vida de Malintzin. Este es el sentido del título de la edición en inglés (*Malintzin's choices*), cuya idea de fondo es que al reconstruir los contextos de la vida de Malintzin se define el espacio concreto de su libertad, de su inteligencia y sensibilidad, como en la "libertad en situación" sartriana: el sujeto no elige su situación, pero se elige a sí mismo dentro de su situación. De esta manera, Townsend consiguió restituirnos no solo los acontecimientos conocibles de la vida de Malintzin sino, sobre todo, su conciencia de la realidad y de sus opciones en cada circunstancia. Una idea que desafortunadamente se pierde en el título en español.

Townsend emprendió esta tarea en un momento particularmente

propicio, porque la historiografía realizó en las últimas décadas avances sustanciales en el conocimiento de los diferentes contextos de la vida de Malintzin antes, durante y después de la Conquista. La situación de una casa señorial (*teccalli*) en el reino nahua (*altépetl*) de Olutla, las redes de comercio y de poder pueden reconstruirse gracias a los estudios etnohistóricos. Así, es posible hacerse una idea de la vida diaria, la cultura, los pensamientos, los sueños de la niña y joven Malintzin, gracias a los estudios sobre los diferentes segmentos del mundo femenino nahua y a documentos coloniales en náhuatl, en la veta abierta por James Lockhart. De este modo, Townsend dispuso de los elementos para recuperar los diferentes escenarios que pudieron conducir a que Malintzin fuera desterrada de su casa, vendida como esclava y llevada a Tabasco, más allá de las afirmaciones divergentes de los cronistas españoles. Los estudios sobre la Conquista de México, cada vez mejor fundamentados en crónicas y abundantes documentos de archivo (cartas, juicios de residencia, relaciones de méritos y servicios, pleitos legales de todo tipo) y textos en náhuatl (la "visión de los vencidos" de León-Portilla), permiten aproximarnos a las opciones reales que tuvo Malintzin en la Conquista, y tratar de entender qué fue lo que realmente les dijo a los indios y cómo le reportó sus palabras a Jerónimo de Aguilar para que este se las tradujera a Cortés. Y el creciente estudio y disponibilidad de documentos tempranos le permitió a Townsend hilar muy fino en la vida de Malintzin después de la Conquista hasta su fallecimiento en 1529, y continuar con dos capítulos dramáticos sobre

don Martín Cortés, el hijo que tuvo con Hernán Cortés, y doña María Jaramillo, su hija con su esposo Juan Jaramillo, siempre con el mismo afán de adentrarse, hasta donde los documentos lo permitían, en la conciencia de sus personajes, de restituir el espacio de su libertad.

Respecto a su decisión fundamental de mantenerse al lado de Cortés y apoyarlo de manera definitiva en la Conquista, Townsend destaca una realidad que ella entendió muy pronto: la absoluta superioridad tecnológica de los españoles (y particularmente su superioridad militar, que Malintzin vio desplegada en la batalla de Centla) y que le hizo entender que la victoria de los conquistadores españoles no solo era inevitable sino que traería un gran cambio en todos los aspectos de la vida. Malintzin no pudo tener conciencia de las causas de este drástico desfase tecnológico entre el Nuevo y el Viejo Mundo (debido a los milenios de retraso del inicio de la vida agrícola y civilizada en América, por su poblamiento tardío y la larga transformación del pequeño teocintle en maíz), pero sus elecciones tuvieron que partir de ese hecho fundamental. De esta forma, la participación de Malintzin también puede verse como una negociación que facilitó la situación de los indios, evitando sangrientas confrontaciones innecesarias, puesto que Malintzin sabía bien cuál sería su desenlace. Esta voluntad de ayudar a la "gente de acá" (*nican titlacab*) por parte de Malintzin congenió con la voluntad negociadora de Cortés, heredada de la reconquista ibérica, que le permitió ganarse como aliados a una gran cantidad de reinos indígenas, dispuestos a luchar contra los tiránicos y abusivos mexicas.

El importante y muy agradable libro de Camilla Townsend sobre Malintzin nos ayuda a pensarla no como la simple protagonista de una serie de acciones, más o menos documentadas, sino como un ser viviente y consciente, inteligente y valeroso, a quien las circunstancias ubicaron en un lugar decisivo en un proceso particularmente complejo y crucial para la historia de México. Malintzin tradujo la Conquista, y la hizo aceptable e inevitable, para los reinos que se aliaron con los españoles y su tecnología guerrera superior. Malintzin también ayudó a Cortés a entender mejor los argumentos de los gobernantes y sus embajadores, lo cual hizo posible la supervivencia de los reinos en la forma de pueblos de indios. Si Malintzin es la madre de nuestro mestizaje, no lo es por sus hijos mestizos don Martín y doña María, plenamente integrados al mundo español, sino porque en su relación con Cortés y los indios de México generó un verdadero mestizaje del lenguaje y el entendimiento. —

**RODRIGO MARTÍNEZ BARACS** (Ciudad de México, 1954) es historiador e investigador de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Es miembro de la Academia Mexicana de la Historia.



## NOVELA

## Una confortable radicalidad



**Marta Sanz**  
**FARÁNDULA**  
Barcelona, Anagrama,  
2015, 240 pp.

## FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

En mitad de la noche: una gota, luego otra y otra más. La maldita gota que no cesa. A la mañana siguiente ya formó un charco en el piso. Los vecinos de abajo reclaman que la humedad traspasó su techo. Todo el piso está encharcado, el agua derramándose por las escaleras. El piso corre el riesgo de hundirse. Y todo por la gota que no deja de caer. La gota: el modelo social que ya no funciona: el paro que tiene en España a cinco millones de personas sin esperanza de encontrar trabajo en los próximos años; el paro que condena a un porcentaje muy alto de jóvenes a irse del país o a vivir indefinidamente con sus padres o a trabajar en lo que sea; las hipotecas que no se pueden pagar, los desahucios, la precariedad laboral... Una insignificante gota —enojo, ira— multiplicada por millones va socavando el piso social. Todo se puede venir abajo. ¿Por qué? “Por el agua que rezuma de la tubería rota”, escribe Marta Sanz (Madrid, 1967) al final de *Farándula*, su undécima novela.

Una obra satírica, ácida, que en un primer nivel, superficial, anecdótico, se asoma a la vida de un conjunto de actores en una España desencantada con una transición democrática que fue modelo para

los países de América pero que ya les queda corta. Fue buena, funcionó, pero la sociedad —educada, molesta— pide más: más democracia, más empleo, más seguridad. Desfilan por las páginas de *Farándula* la actriz consagrada y madura que vive sus últimos años de gloria; la joven estrella que alterna el teatro con un *reality* en televisión; la venerada actriz que sobrelleva su ancianidad sola en su piso, sin pensión, viviendo de la bondad de su única amiga; el actor en la plenitud de su fama que siente nostalgia por aquel joven comprometido que algún día fue. Directores, tramoyistas, críticos, público: una novela coral sobre el mundo del espectáculo, sus glorias y sus desencantos.

En otro nivel, Sanz abandona el *glamour* de las estrellas y desciende un escalón hacia lo oscuro. Las envidias, los celos actorales, la mediocridad que la televisión ensalza. “Yo no escribo —dice un personaje— para que nadie se reconozca en su parte inteligente, sino en su más abyecta y entrañable vulgaridad.” La escatología del espectáculo. ¿Por qué decidió Marta Sanz novelar ese mundo? “Los actores representan las sociedades en las que vivimos —explicó en una entrevista—. Unas sociedades que por fuera están llenas de esplendor, y por abajo están asentadas en la precariedad y la pudrición.” En un tercer nivel de lectura, para Sanz su novela es un reflejo de una sociedad descompuesta, lista para un cambio que juzga inminente.

Para Sanz, debajo de cada obra cultural subyace una visión ideológica. En el caso de *Farándula*, la autora decidió hacer explícito lo que las novelas por lo regular escamotean. En las historias que solemos leer no despiden a los

personajes de sus trabajos por viejos; las heroínas y héroes nunca se van al asilo, no se muestran egoístas ni poco solidarios. “Todo esto —dice Sanz— proviene de la idea, políticamente interesada, de que la cultura se ensucia cuando se mezcla con la ideología y específicamente con la política.”

Consciente de ello, Sanz decidió exhibir todo aquello que estamos acostumbrados a esconder bajo la alfombra. Su propósito: sacar al lector “de su zona de confort”, crear un texto que se lea como “un puñetazo en el estómago del lector”. Escribir un libro “que doliera”. Toda literatura —considera Sanz convencida— “tendría que alejarse de esas bonitas perspectivas irónicas”. Para lograrlo, y dado que “las maneras y las formas de expresión son inseparables de lo que se está diciendo”, Sanz desarrolla en *Farándula* una novela divertida y cruel, llena de ingenio, exageraciones, hipérbolos y enumeraciones satíricas. La pregunta es: ¿logra sacar al lector de su zona de confort? Quizás en España inquiete que se hable de paro, desahucio, hipotecas vencidas y ancianos en abandono. En nuestras tierras, más agrestes, marcadas por decenas de miles de asesinatos, de colgados en los puentes, de estudiantes quemados en un basurero, de hombres disueltos en ácido, de miles de desaparecidos, donde la policía se confunde con la delincuencia, la novela de Sanz se lee como la novela que no quiso escribir: como un divertimento, una novela irónica, repleta de frases ingeniosas que parecen *gags* de una comedia televisiva. Las continuas alusiones de sus personajes a la situación coyuntural española se advierten a la distancia impostadas y carentes de fuerza. “No se

trata —escribe en *Farándula*— de reivindicar las bondades o maldades de una anciana decrepita que habría sido una maravillosa actriz, sino de enarbolar la bandera de los derechos de todo un colectivo.” La pretendida conciencia social con la que Sanz buscaba cimbrar a sus lectores (“Lorenzo la comenzó a admirar cuando ella y Adolfo se pusieron al frente de una de las primeras huelgas de actores”) no se alcanza. En vez de sentir un puñetazo, el lector alza la ceja y cambia de página.

Galardonada con el Premio Herralde (misterioso premio que solo se otorga a los autores más celebrados de la editorial que lo convoca), Sanz simula una radicalidad suave. “¿Se puede ejercer la crítica desde dentro de un sistema que te está premiando?”, se pregunta la autora. Ella piensa que sí. Considera que su novela es perturbadora y, sin embargo, no lo es. *Farándula* extrae su tibia fuerza del ensayo *No tan incendiario* (Periférica, 2014), una especie de manifiesto en el que propone la creación de obras que “desvelen una realidad angustiosa, de visualizar los traumas de una normalidad a veces terrorífica”. Su radicalidad apenas alza el vuelo. “Ya no hay subvenciones —dice uno de los personajes de *Farándula*—. Solo recortes. Ya no hay ayudas.” La ideología subyacente en otras obras y explícita aquí ingresará sin mayor escándalo en la corriente de lo establecido. Muy probablemente, porque se trata de una buena escritora, Marta Sanz continúe cosechando éxitos, recibiendo premios de aquellos que más odia. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**  
(Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Elaboró y prologó *Leer*, antología de Gabriel Zaid (Océano, 2012).



VISITA  
NUESTRO  
CANAL  
DE **INSTAGRAM**

[instagram.com/letraslibres](https://www.instagram.com/letraslibres)